

CAPITULO X

EL MIEDO

§ 34.—La conciencia saludable del peligro.

Ya hemos hablado de la *desconfianza* que manifiestan ciertos animales respecto de elementos que no conocen, y de los cuales, por consiguiente, una experiencia anterior no les ha enseñado la inocuidad ó la utilidad. Esta desconfianza es del orden de la que enseña á los hombres el proverbio: «En la duda, abstente». La exageración de este principio conduce á un fatalismo peligroso y hace del individuo un espectador inactivo: el fatalismo es la negación de la utilidad de la experiencia, tanto individual como originaria.

Es muy cierto que, desde cierto punto de vista, esta manera de razonar puede ser legítima, puesto que el conocimiento que tenemos de nuestro ambiente nunca es completo, y las previsiones que deducimos de él, y que son los principales móviles de nuestras acciones, pueden, por tanto, ser erróneas. «Por huir de un

mal, caemos á veces en otro peor», dice un verso que se ha convertido en proverbio, y el proverbio tiene razón *algunas veces*, como todos los proverbios. Desde este punto de vista, la utilidad de la ciencia es manifiesta, cualquiera que sea su objeto; no es indiferente al hombre conocer elementos *cualesquiera* de la actividad universal, porque el conocimiento de estos elementos puede, en ciertos casos, ser indispensable á la previsión del porvenir.

Cuando decimos que *comprendemos* un fenómeno cualquiera, queremos decir que conocemos, en escala humana, *todos* (1) los elementos que participan en su determinación, y que, por consecuencia, en condiciones análogas, podremos prever un fenómeno análogo. Dicho de otro modo, con relación á este fenómeno, nuestra experiencia puede ser completa, y, por consecuencia, una instrucción suficiente, procedente de aquello que ha adquirido esta experiencia, nos dará la facultad de aprovechar lo que el fenómeno tenga de útil ó de evitar lo que tenga de nocivo hasta donde nos lo permita nuestro mecanismo humano.

(1) Cuando no conocemos más que una parte de estos elementos, creemos algunas veces conocerlos todos, y entonces hacemos mal en decir: *post hoc ergo propter hoc*. Este es el origen de muchas supersticiones. Si un hombre muere después de haber comido en una mesa en que había trece invitados, el análisis incompleto de los hechos lleva á ciertas personas á creer que es peligroso sentarse trece á la mesa.

La conciencia del peligro es una condición indispensable de la conservación de la vida; mas para ser utilizable, esta conciencia del peligro debe ser completa; de otro modo puede ser más nociva que su ignorancia total.

He aquí, por ejemplo, una tempestad que obscurece el cielo; yo sé que ha habido personas heridas por el rayo: conozco, pues, la existencia del peligro; más, á pesar de lo que he aprendido con relación á los fenómenos eléctricos, no conozco suficientemente la distribución de la electricidad en la nube; ignoro la marcha de la nube electrizada: no sé, pues, si el peligro existe en donde estoy ó más allá adonde podría ir: tengo conciencia de un peligro posible, pero no una conciencia suficiente para saber lo que hay que hacer para evitarle; sería, pues, más ventajoso para mí ignorar por completo la existencia del peligro, y en todos los casos, en presencia de esta incompleta conciencia, estará indicado el fatalismo. Ésta es hasta la definición del fatalismo, si se quiere admitir que el azar es el conjunto de causas *insuficientemente* conocidas; la conciencia incompleta del peligro no puede darme una indicación precisa; no puedo deducir de ella un móvil serio de acción, y, por tanto, es prudente que considere ésta como no realizada y que no la tenga en cuenta, porque si mi atención está ocupada inútilmente de este lado, podrá apartarse de otro fenómeno cuyo conocimiento completo me sería posible y útil. Pero muchas per-

sonas no se hacen este razonamiento, y tienen *miedo* al rayo. No es, además, nunca cierto que si un fenómeno es en la actualidad desconocido por nosotros, deba por esto quedar siempre desconocido. El hombre, preocupado en aumentar el patrimonio de los conocimientos humanos, observará el fenómeno y tratará de encontrar en él elementos de determinación que podrán ser útiles á otros hombres. Los trabajos de Franklin nos han permitido poner determinados edificios al abrigo del rayo; si en el momento en que estalla una tormenta nos encontramos cerca de uno de esos edificios, podemos refugiarnos en él y allí estaremos en salvo.

Aun independientemente de la existencia de los pararrayos, las conquistas científicas relativas á la chispa eléctrica nos son útiles. Sabiendo que el trueno y el relámpago no son sino dos maneras de conocer el mismo fenómeno eléctrico, y conociendo de otra parte las diferentes velocidades del sonido y de la luz, sabemos, por el tiempo que media entre la visión y la audición del fenómeno, á qué distancia este fenómeno ocurre: el trueno más formidable nos deja tranquilos si le hemos oído varios segundos después de haber visto el relámpago correspondiente; entonces sabemos que la tempestad está lejana y no nos amenaza, y en esto tenemos una gran superioridad sobre los perros, los caballos y los ignorantes, que continúan temiendo una tempestad que su alejamiento ha hecho inofensiva.

Es cierto que, aun en personas que conocen el modo de calcular la distancia de una tormenta por el número de segundos que separa al relámpago del trueno, una tempestad lejana puede, como en los perros y en los caballos, hacer que nazca en ellos el miedo. Conozco algunas de estas personas, pero no me atrevería á afirmar que, á pesar de su instrucción considerable, tengan una fe muy sólida en el valor de las conquistas de la Ciencia. Me parece muy difícil que un hombre razonable no domine un terrór que ha reconocido definitivamente que es absurdo. Verdad es que en varios de mis congéneres he observado *tics* que ellos mismos reconocían como inútiles y hasta nocivos, y de los cuales no han podido desembarazarse á pesar de todos sus esfuerzos.

Cuando vemos, pues, en los hombres el miedo á ciertos fenómenos inofensivos, debemos decirnos, ya que su educación relativa á estos fenómenos no les ha demostrado suficientemente su inocuidad, ya que este miedo estaba profundamente arraigado en su mecanismo hereditario y la educación no ha logrado que se borre.

§ 35.—El miedo místico y el origen de los dioses.

Es muy verosímil que nuestros ignorantes antepasados hayan sido víctimas durante millares de siglos de terrores numerosos, y que la persis-

tencia de estos terrores haya podido traducirse en el patrimonio hereditario de la especie.

El número de los fenómenos en los cuales el determinismo perfecto se comprobaba, debía ser tanto más restringido cuanto menor era la experiencia de los hombres y mayor su ignorancia. Nada más admirable que la fijación progresiva de la creencia en el determinismo, en seres cuyos medios de investigación no llegaban ni aun á estudiar un solo fenómeno en todos sus detalles. Pero precisamente, como he expuesto en otra parte (1), lo grosero de sus medios de estudio no les ha permitido darse cuenta de que sus observaciones de casos de determinismo sólo eran en realidad aproximadas; su creencia en el determinismo ha sido el resultado de observaciones aproximadas muy frecuentes. De estas observaciones aproximadas se ha formado su experiencia; por medio de ella han llegado á obrar en todos los casos de manera apropiada para evitar la muerte, y han establecido el finalismo humano de que nos servimos diariamente, diciendo, por ejemplo: «alargo la mano hacia este fruto, para cogerle y llevármelo á la boca».

Sin la creencia en el determinismo y el razonamiento racionalista que de él resulta, la experiencia animal hubiera sido vana.

Pero es muy cierto que si en los actos más ordinarios de la vida, el determinismo observado

(1) *Les lois naturelles.*

debía verificarse ordinariamente, un grandísimo número de fenómenos del mundo ambiente tenía que escapar al análisis y, por consecuencia, á la previsión. Ante estos fenómenos, el animal se sentía desarmado, impotente; creo que el miedo ha sido primitivamente, en el antepasado del hombre, la conciencia de su experiencia insuficiente de ciertos hechos; ha tenido *miedo* de los fenómenos naturales, contra los cuales no podía defenderse porque no sabía prever lo que habrían de llegar á ser.

Aquí conviene hacer una importante observación:

Lo que ocurre en un animal no es conocido sino de él solo; él solo puede prever lo que hará en determinadas circunstancias ambientes; un animal que observa á otro es, pues, incapaz de adivinar lo que aquél hará inmediatamente, aun si el observador conoce tan exactamente como el observado las condiciones realizadas en el medio (1). Es, pues, muy natural que el observador de los fenómenos exteriores haya establecido una relación, cualquiera que ésta sea, entre los fenómenos cuyo desenlace no podía prever, á consecuencia de una documentación insuficiente, y la actividad de los otros animales, respecto de los cuales estaba siempre igualmente desarmado.

(1) Conviene notar que, aun desde este punto de vista, la documentación del observador es forzosamente insuficiente, porque es necesariamente diferente de la del observado, que ocupa otro punto en el espacio.

Esta relación ha sido el origen del antropomorfismo. En otros términos, esta relación ha creado los dioses: *primos in orbe deos fecit timor*; traducción libre: «la documentación insuficiente de los animales, en relación á ciertos fenómenos exteriores cuyo desenlace no podían prever, relacionada con su documentación, igualmente insuficiente respecto de las intenciones de los otros animales, les ha llevado á imaginar como actores en los fenómenos naturales á seres análogos á los animales».

La analogía no existe, en realidad, sino en cuanto á la documentación insuficiente del observador; pero ha sido llevada más lejos; y de igual modo que el animal ha sacado de su experiencia del determinismo la posibilidad del razonamiento finalista, lo mismo se ha prestado á los dioses (1), calcada sobre el modelo de los animales, la facultad de adaptar los medios al fin; se les ha atribuído inteligencia, voluntad y también otras cualidades animales de orden diferente: la cólera, la sed de venganza, etc.

Pero inmediatamente se ha revelado una diferencia esencial entre los animales y los dioses imaginarios que intervenían en los fenómenos

(1) Siendo antropomórfica la hipótesis de los dioses, es muy fácil de expresar en lenguaje humano; así, pues, si llamamos simple, como debe hacerse, á lo que se expresa simplemente en nuestro lenguaje, la hipótesis teológica constituye el más sencillo de estos medios, y esto explica su boga.

misteriosos del ambiente; si el animal observador no puede penetrar en la subjetividad del observado, al menos puede seguir con la vista sus desplazamientos en el espacio y conocer sus medios de acción específicos; puede, pues, tratar de sustraerse con la fuga ó de cualquier otro modo á aquellos de sus movimientos que son peligrosos para él; puede aun atacarle y destruirle; en una palabra, por terrible que sea el animal que observe, puede *defenderse contra él*; su experiencia, su observación le son útiles en la lucha contra un enemigo vivo.

De otro modo sucede respecto de los dioses que ha imaginado precisamente como actores de los fenómenos contra los cuales está desarmado por su ignorancia; á estos dioses no los ve, no los conoce, no puede en modo alguno defenderse contra ellos; sólo puede temerlos. Procede respecto á ellos como haría respecto de uno de sus semejantes que le infundiese temor; implora su piedad y trata de conquistar sus buenas gracias por medio de sacrificios. Éste es el máximum de la estupidez humana; ésta es la piedra de obstáculo de todo progreso.

Si Franklin hubiera creído, como se enseña aun á los niños en la Historia sagrada, que el rayo es una manifestación de la cólera de Dios, se hubiera deshecho en plegarias durante las tormentas en vez de observarlas é inventar el pararrayos. Desde el momento en que el hombre ha divinizado su ignorancia de los hechos, la ve-

nera como definitiva y acaba por persistir en ellos de tal modo, que considera como su más mortal enemigo al que, no compartiendo su extravío, trata de curarle de él.

§ 36.—La explotación del miedo.

En todas las épocas de la historia humana ha habido individuos más inteligentes ó más instruídos que los demás, que han explotado el miedo de sus congéneres.

Que algunos de ellos hayan pensado en la posibilidad de la explicación, de una parte al menos, de los hechos que se ponían en cuenta á los dioses no parece dudoso; pero estas explicaciones más complejas no hubieran estado al alcance del vulgo, mientras que la explicación religiosa es de una sencillez que la hace accesible á todos los ignorantes, y hasta tanto más accesible cuanto más ignorantes sean.

Es, pues, verosímil que algunos espíritus superiores hayan entrevisto conquistas posibles de la Ciencia en el dominio de los dioses, pero han renunciado á revelar sus descubrimientos. Aquéllos, sin embargo, que no se han resignado á ello han sido víctimas del odio de sus colegas que querían conservar su imperio en toda su integridad. La ignorancia de los hombres es el patrimonio de los sacerdotes.

Sería, sin embargo, ilegítimo suponer que sólo consideraciones de interés hayan guiado á los sacerdotes al fanatismo; tal suposición procedería de atribuir gratuitamente á todos los sacerdotes una superioridad científica á la cual la mayor parte no han tenido el menor derecho. Generalmente, es verdad, los sacerdotes han sido los más instruídos de los hombres antes del advenimiento del reinado de la Ciencia; pero no hay que olvidar cuál era la naturaleza de su instrucción: lo que habían aprendido de sus mayores era precisamente las explicaciones teológicas, que quitan al hombre la idea de aumentar el campo de su experiencia. Los sacerdotes eran los guardianes de una cosmogonía tradicional que, considerándose á cada instante como definitiva, era la negación de la posibilidad del progreso. Es, pues, probable que un gran número de sacerdotes, si no la mayoría de ellos, en todas las épocas se hayan sentido satisfechos con sus propias explicaciones y hayan creído en la existencia de sus dioses hasta cuando se han visto obligados á inventar supercherías y á dedicarse á la prestidigitación para hacer creer á sus ovejas que ellos estaban en comercio habitual con la divinidad.

El fanatismo de los hombres se ha confundido probablemente al principio con otros sentimientos que tenían una relación inmediata con intereses materiales; como cada pueblo tenía sus dioses, la causa del dios estaba confundida con la del

pueblo; volveremos á hablar de este hecho cuando estudiemos las relaciones de los hombres entre sí. Más tarde, cuando una parte de la Humanidad ha creído en un dios único, ese fanatismo de pueblo no ha tenido ya razón de ser, y ha sido reemplazado por un fanatismo de otro orden; considerando á su Dios como á un déspota ávido de adulación y sediento de venganza, los fieles han creído conquistarse las buenas gracias de este soberano antroipoide luchando con todas sus fuerzas contra los infieles.

Es además muy interesante observar que los hombres, como han fabricado los dioses siempre á su imagen, les han prestado su mentalidad y sus pasiones: «Las ofrendas de los hombres buenos, dice Anatolio France (1), nutren á los dioses buenos. Los negros sacrificios de la ignorancia y del odio, hacen engordar á los dioses feroces.» Según esta cuenta, los dioses de los filósofos no han sido nunca sino dioses de poco más ó menos; porque, ¿qué vale un dios al que no se tiene miedo?

Los dioses representan, para la ignorancia del hombre, los factores de los acontecimientos que le inspiran temor, porque no sabe preservarse de ellos; el hecho de no tener miedo á los dioses, equivale á suprimirlos. La historia de ellos es inseparable de la del miedo; y si todas las consideraciones precedentes no bastasen á probarlo, se encontraría la demostración en el hecho de

(1) Discurso de Tregnier, 1903.

las reerudescencias de fe religiosa que han seguido, generalmente, á los cataclismos que han afligido á la Humanidad. Todos los días vemos padres que vivían en la indiferencia, hacerse devotos después de la pérdida de un hijo querido; la idea de que el dios no venerado se venga, no está lejos de la idea de justicia de que tendremos que hablar más adelante.

Por último, puesto que analizamos los orígenes del fanatismo, debemos señalar uno que asienta sus raíces en lo más profundo de la naturaleza humana: en la necesidad de tener razón, de tener más razón que los demás, y demostrarse á sí mismo que se tiene razón, ó más bien, demostrarlo á los demás por todos los medios posibles, aun los menos filosóficos. Tal vez encontremos más tarde el origen atávico de esta particularidad.

Ya es hora de abandonar estas consideraciones sobre las creencias religiosas, y volver al estudio del miedo que nos ha conducido á ellas; pero no olvidemos que el miedo ha creado á los dioses, y que, por tanto, ha desempeñado un papel capital en la historia de la humanidad precientífica. Continuará, además, desempeñando un papel importante mucho tiempo después de que la Ciencia lo haya borrado; pero no obrará entonces como factor actual, sino que estará representado solamente por las huellas, difíciles de destruir, que su prolongada influencia haya dejado en la herencia del hombre. No perdamos de

vista que, á cada instante, el hombre obra según su mecanismo actual; se sirve de los medios que posee, y un factor tan considerable como el miedo, que ha influido sobre la Humanidad durante tantas generaciones, ha creado, en el mecanismo de los individuos, reacciones que no son despreciables; tenemos actualmente en nuestro organismo una máquina de tener miedo, y son muy pocos aquellos que, merced á una educación científica de primer orden, llegan en *todos los casos* á ejercer sobre el funcionamiento de esta máquina hereditaria una influencia inhibitoria.

Una joven educada por su padre fuera de toda creencia religiosa, dijo un día ante mí, á propósito de los cuentos infantiles con que se divertía su hermanito: «Se hace mal en decir á Claudio que hay diablos, porque cuando sea grande sabrá que no los hay, y, sin embargo, le quedará algo de miedo.» La Humanidad hoy es «grande», al menos en la persona de sus sabios; pero continúa, sin embargo, teniendo «un poquito de miedo». La educación de los niños es, ciertamente, la causa de ello; las huellas hereditarias del miedo no serán de larga duración en nuestra especie, si se las combate con cuidado durante la juventud.

Por mi parte, he tenido miedo durante mi infancia, aun cuando no se haya hecho nada para desarrollar en mí esta funesta herencia de un pasado místico; hoy, después de haber estudiado mucho y filosofado bastante, consigo con mucha

dificultad hacer funcionar en mí la «máquina de tener miedo». La lectura de libros que tienen por fin el asustar, no desarrolla en mí la emoción buscada, porque en ellos se hace ordinariamente llamamientos á medios cuya ilegitimidad conozco.

Guy de Maupassant ha dedicado al miedo un interesante estudio, y ha referido cómo un ser que no creía en las intervenciones sobrenaturales había, sin embargo, tenido miedo dos veces. Me parece que estos dos casos, y muchos otros, pueden ser atribuídos á *coincidencias* capaces de llevar á un hombre á dudar momentáneamente de la legitimidad de la Ciencia y hasta del valor de su lógica. Siempre que se quiera infundir miedo á gentes provistas de una educación científica sólida, será preciso organizar tales coincidencias que parezcan, á *primera vista*, establecer una relación de causa á efecto entre fenómenos independientes; un estudio más profundo de las cosas demostrará que ha habido error; pero durante un momento la «máquina de tener miedo» habrá funcionado, y el efecto buscado se habrá obtenido.

Los novelistas que quieren infundir miedo explotan también ciertos fenómenos psíquicos ó psicopatológicos, como, por ejemplo, el des-arreglo del aparato lógico de un individuo (locura), lo cual da á los lectores una desconfianza dolorosa sobre la solidez de su propia razón; también nos hablan de las relaciones que se estable-

cen entre dos individuos, más ó menos alejados (sugestión, telepatía), por otros medios que aquellos de los que nuestra especie ha adquirido una larga experiencia y la narración de estos fenómenos puede desarrollar el miedo entre aquellos que ven en ellos una inversión del orden establecido, que conocen por la educación específica y personal; deberíamos ver en ellos solamente (y esto cuando se trate de hechos debidamente comprobados) la manifestación interesante de otros fenómenos distintos de aquellos que conocemos bien, y esto nos llevaría á estudiarlos como se ha estudiado el rayo ó el magnetismo; una vez que los conozcamos no nos darán miedo, pero el solo hecho de que estos fenómenos *humanos* no hayan sido aclarados por la experiencia de los antepasados, basta á probar que son *excepcionales* y no generales; cuando nuestros antepasados han comprobado casos de esta especie en las épocas místicas, sólo han visto en ellos una manifestación más que poner en la cuenta de las potencias ocultas, en las cuales ya no creemos.

El dominio humano del miedo se reduce cada día á medida que crece el dominio de la Ciencia; por el contrario, ciertas especies animales condenadas á la ignorancia eterna, están también condenadas al miedo indesarraigable; pero hay que evitar confundir el miedo de ciertas especies miedosas con el que acabamos de analizar en el hombre; la timidez de los corderos tiene dos causas diferentes:

De una parte, tienen la conciencia muy legítima de su inferioridad en la lucha; su único modo de defenderse es la huida, y huyen: esto es simplemente la consecuencia saludable del temor al peligro.

De otra parte, tienen una inteligencia muy limitada, una experiencia casi nula, y no saben distinguir lo peligroso de lo inofensivo; por eso huyen hasta cuando harían mejor en permanecer tranquilos, y esto les es algunas veces muy perjudicial; un carnero puede matarse saltando á un precipicio por huir de un coche, que no le hubiera hecho daño alguno, y cuyo ruido le ha asustado: éste es el verdadero miedo, que nunca puede ser útil y que, generalmente, es nocivo, porque aniquila las facultades de apreciación y de locomoción.

En el hombre, el conocimiento cada vez más completo del mundo exterior, hará desaparecer este miedo estúpido; el movimiento ha comenzado ya hace mucho tiempo; no ha sido ayer cuando se ha dicho: «ayúdate, y el Cielo te ayudará»; proverbio que se puede interpretar en rigor explotando la idea de justicia y diciendo que los dioses serán favorables al que trabaje, pero cuya significación, puramente atea, me parece más verosímil.

CAPITULO XI

LAS ENTIDADES METAFÍSICAS ANTROPOIDEAS

§ 37.—Causa.—Fuerza.—Alma.

Es indiscutible que la invención de los dioses ha desempeñado un papel de primer orden en la evolución de la especie humana; casi me atrevería á decir que ha sucedido lo mismo en las demás especies animales, porque si realmente, como he expuesto más arriba, esta invención ha sido en el hombre el resultado, de una parte, de la conciencia de su experiencia imperfecta de ciertos fenómenos cuyo desenlace no podía prever, y de otra, de su impotencia para conocer las intenciones de los demás animales, es verosímil que el mismo fenómeno, por las mismas razones, haya también ocurrido en los antepasados de los tigres, de los cocodrilos y de las hormigas; pero es probable también que, vista la ausencia de lenguaje articulado (1) (á menos que

(1) Más lejos estudiaremos el papel especialísimo del lenguaje articulado en la evolución de la especie humana.